

MEDICINA Y HUMANISMO*

Dr. Agustín Cueva Tamariz, Cuenca

Mis primeras palabras sean el más sincero agradecimiento por la honrosa e inmerecida designación de Miembro de Número de la Academia Ecuatoriana de Medicina.

Os habeis detenido en vuestra labor para acordaros de un hombre que tiene la permanente preocupación por la Ciencia y la Cultura y cuya razón no es sino el de observar por los claustros monasterios, en armonía con las nuevas funciones que vienen y se van.

En la vida de la generación a la que me pertenezco ha ocurrido un hecho sin par en la historia de la Medicina. En los años que lleva esta generación la Medicina se ha elevado sobre sí misma en magestuoso giro. Nunca habían tenido lugar, en tan breve espacio de tiempo, cambios tan revolucionarios; basta con mencionar tres de ellos, cada uno de los cuales sería suficiente, en otras épocas, para marcar un jalón histórico: La desaparición de la mayoría de las enfermedades infecciosas, la difusión de la socialización de la Medicina y la Patología Psicosomática.

Hoy conocemos y manejamos las hormonas y las vitaminas, los antibióticos y los antishistamínicos; sabemos de la cirugía del dolor y de la lobotomía, de la cirugía del corazón, de los psicofármacos y de la electroencefalografía. En la ciencia, que es ascensión perpetua, lo importante no es lo que se hace en sí, sino lo que tiene nuestra obra, y más aún nuestra conducta, de antecedente para lo que los demás pueden hacer mañana.

En la investigación científica de ahora, el "accidente afortunado" de antaño está siendo reemplazado por el más minucioso planteamiento y diseño y el investigador solitario de ayer, como un Janner o un Ramón y Cajal, han de ser reemplazados por el equipo organizado de investigadores.

La mutación que se operara, a través de todas las especialidades, en el ejercicio y en el concepto mismo de la medicina, es inseparable de las potencias configuradoras de la civilización contemporánea y merced a la formación científica y técnica de su profesión, el médico es dueño de un cri-

* Discurso de orden pronunciado en la Sesión Solemne de la Academia Ecuatoriana de Medicina, en su aniversario de fundación.

terio fundamental que le permite prevenir los extravíos de la imaginación y tiene a su alcance métodos, más o menos apropiados, para verificar o descartar las hipótesis. La Medicina actual es más técnica en sus instrumentos y métodos, más social y preventiva, más especializada en su ejercicio y más enciclopédica en su horizonte. Si es verdad que el médico de familia ha desaparecido, se lo sustituye hoy por el médico consejero y estadista, que no sólo es el profesional que cura, sino el que organiza y el que estimula la salud dentro de los centros especializados, haciéndose cada vez más la Medicina una ciencia social, dedicada a prevenir la enfermedad, rehabilitar al paciente y estimular sus energías vitales.

La ciencia médica ha sufrido, pues, un cambio profundo en un período muy corto de tiempo. La vida profesional parece no descansar ya sobre los mismos fundamentos de antaño. La manifestación más visible del cambio es el predominio de la especialización que tiende a substituir al médico general, creando así y diversificándose las ramas del tronco original que las sostiene precariamente.

Pero los progresos de la ciencia, tan provechosos para que podamos rescatar una vida más a la convivencia humana, no colman por sí solos las aspiraciones espirituales y la insaciable curiosidad del médico de aproximarse al conocimiento real del mundo. Y sería una esclavitud mental el restringir el conocimiento a lo rigurosamente positivo, a las conclusiones ex-

perimentalmente provadas. Hermanar, por eso, la actitud positivista y la idealista no es incongruente ni contradictorio; pues, ésta aparente paradoja se desvanece si se tiene en cuenta, que en el terreno de la ciencia pura, debe respetarse la técnica experimental y reservar a las necesidades espirituales la zona de los grandes idealismos y de las verdades amables. Y aunque los médicos profesemos un determinismo biológico, ello no nos impide ser idealistas en la vida, como lo fueron un Francisco Eugenio de Santa Cruz y Espejo, un Santiago Ramón y Cajal, un George Duhamel o un Gregorio Maramón.

La vía evolutiva que siguió la mecánica clásica hasta la teoría de la relatividad, por ejemplo, no se detuvo en los linderos de la lógica matemática, sino que nos supo conducir a los dominios de la filosofía trascendente, proyectando nuevas imágenes en el cosmos ideal.

El rápido desarrollo de la ciencia, por un lado y la intranquilidad a que estamos los médicos sometidos en el ejercicio profesional, por otro, han contribuido a que se perdiese el contacto con la Filosofía, que generaliza, que coordina y relaciona los conocimientos. No se comprende la Medicina apartada de la Filosofía, como no se comprende la Filosofía sin la Biología. Los médicos sin noción de Filosofía son los que más se subordinan a los dogmatismos científicos que reducen los horizontes del conocimiento. Son los filósofos, por su lado, sin cultura biológica los que más se enredan en el laberinto de la erudición sin objeti-

vo, siempre con la idea de acumular minucias en torno a su doctrina.

Es indudable la relación que existe entre la moderna Antropología médica y la Filosofía existencial. Ambas tienen de común, no sólo la problemática inicial, la desconfianza radical de que el pensamiento sea capaz de comprender por sí mismo, en su esencial, la vida humana, sino también la referencia constante a esos constituyentes radicales de la existencia del hombre, que son la angustia, la depresión, la muerte, etc. Bien conocido es, por ejemplo, el papel que la angustia desempeña en la Filosofía de Heidegger y como constituye la experiencia metafísica fundamental, la cual procede de estar en el mundo. La angustia nos hace patente la nada que envuelve a la existencia humana; sitúa la existencia en las perspectivas de la muerte; nos vuelve consciente de que somos, de manera esencial, seres condenados a morir. Y es curioso que dentro de la medicina también haya ido creciendo, día tras día, el significado de la palabra **angustia** en la Literatura Psiquiátrica y Psicoanalítica, sobre todo, aunque a veces con un sentido, a primera vista al menos, totalmente diferentes del de Heidegger —como el mecanismo gracias al cual, ya desde su primera infancia el hombre se constituye como **existencia**. Sobre estas cuestiones ha expuesto, luminosamente, sus ideas médicos escritores de la talla de Laín Entralgo, de López Ibor, de Martín Santos, de Rof Carralló.

Por otro lado, la tradición médica ha brindado todo o casi todo de lo que

tenemos de valedero en el campo de las relaciones entre la Medicina y la Psicología. Es más, aportes fundamentales para el desarrollo de la Psicología como ciencia autónoma proviene de la Medicina; basta recordar los nombres de Weber, de Wundt, de Rorschach, de Freud. La visión y el trabajo genial de las escuelas francesa y vienesa, con Charcot, Berheim, Janet, Breuer y Freud, son testimonio y expresión no sólo de las limitaciones de una concepción del hombre y del quehacer del médico a lo que intentaron poner remedio, sino también de la fecundidad y de la inegable grandeza de la tradición médica que encarnan.

Además, tenemos que reconocer que, por encima de la lesión orgánica y de la alteración funcional y de sus correlaciones, la misma clínica moderna nos está enseñando una medicina integral, una medicina unitaria, una medicina del todo, que concede importancia primordial al hombre en su totalidad, a la persona en su doble aspecto somático y psíquico, dentro de un complejo de circunstancias inherentes a la misma personalidad y al ambiente cultural en la que está inmersa. “Yo soy yo y mis circunstancias” dijo el pensador y filósofo español Ortega y Gasset; y ese pensamiento del hombre que represento, en cierto sentido, la Cultura de Occidente, puede servir para la dirección filosófica de la medicina del presente, un poco distante de la medicina experimental que nos legara el genio fisiológico de Claudio Bernard. Y si el éxito de la medicina del futuro ha de depender del

éxito de la orientación bio-social y humanitaria, capaz de preparar al hombre a vivir en función de especie, ha de acudir a ello, con una amplia y clara comprensión de los intrincados procesos que determinan la personalidad del hombre.

Y eso es lo que viene propugnando ese insigne médico y humanista Rof Carvalho, al decir que, cualesquiera que haya sido la concepción científica, el contacto cotidiano y cálido con el enfermo hace de la medicina una ciencia humana por excelencia, porque ha de enfrentarse con el aspecto "personal" del ser humano. La medicina humanística, centrada en el conocimiento entrañable del hombre que es, cada uno, como un mundo que justifica todos los afanes del médico y todas las extralimitaciones de su sabiduría, no es un simple y vano coloquio individualista, como ha querido hoy decirse para estar a tono con el criterio dominante de que no sólo el arte, la cultura han de estar **comprometidos**, sino también la ciencia al servicio de una ideología determinada.

Como la entendieron y la sintieron esa relación entre médico y enfermo, están en las páginas de los libros de los grandes maestros contemporáneos; páginas de enseñanza que nos demuestra la hondura de su convencimiento y la diafanidad de sus espíritus, capaces de repartir, sobre todas las cabezas jóvenes, la realidad, la posibilidad y el sacrificio del amor a la ciencia. "Un día u otro día —nos ha dicho Rof Carvalho— por el modesto camino de la clínica o de la psicoterapia, tan sólo ateniéndonos a lo que el enfermo nos

enseña, el médico descubre que la curación del alma ajena sólo puede hacerse tras el "encuentro" en lo más profundo, con el alma de nuestro semejante..."

Cuando se considera al hombre en su totalidad, en la totalidad de su realidad, se produce ese fenómeno de encarnarnos ante una inmensa complejidad, que es preciso verla desde el fondo y desde la más abisal profundidad. Es la aventura psicoanalítica, es el descenso a lo más hondo y profundo del mundo interior, avanzando a tientas entre sombras y arcanas, hacia la subconsciencia dormida, hacia los más desgarrados secretos del alma. Y es evidente que, en este plano, la obra de Freud ha conseguido esclarecer y dar su inmensa resonancia a la nueva cultura contemporánea. Las transformaciones sociales del mundo de hoy, nos obligan a profundizar el conocimiento del hombre, para elevarlo más allá de la simple y primaria consideración de tipo antropológico; la antropología es insuficiente y no puede brindarnos un conocimiento integral del hombre. He aquí por qué, a la larga, la mente humanista, aunque parece dispersa, tiene mucho mayor penetración en la mente radicalmente especializada, como decía Marañón.

Pero este veloz aparecer y desaparecer de nuestros conocimientos, ese progreso explosivo de la medicina que hace envejecer y condenar al olvido lo que sólo antes florecía, nos impele a que volvamos, con insistencia, la vista hacia atrás, hacia las etapas más o menos remotas del mismo surco que vamos abriendo. En el camino de la

ciencia no se puede caminar hacia atrás sin mirar, al mismo tiempo, hacia adelante— “no debemos descansar en el pasado, sino inventar el porvenir que ese pasado nos exige”, había dicho Andre Marroux—; pero tampoco se puede seguir la ruta sin mirar el punto de partida. Es difícil encontrar en la historia de la medicina, o en alguna de sus especialidades, paraicaidistas del saber y del conocimiento. De ningún mirador humano podría yo contemplar serenamente este panorama del pasado que desde la cumbre otoñal de mis días, cuando las luces rojas de las primeras horas de la mañana han cedido ya el paso a las perladas y grises horas de la tarde, arrebolada de reminiscencia y, para mirar através de los cristales del recuerdo la personalidad y la obra de nuestros maestros de ayer que, sin alardes y sin pretenciones, sin más armas que la observación y la experiencia, desprovistos de los refinamientos técnicos que hoy poseemos, con un andar más pausado, con una visión más demorada, con una alma más sencilla y un espíritu menos conturbado que el nuestro, fueron capaces de un discurrir científico, pleno de seguridad y de armonía mental. Nuestros maestros, profesores de las Facultades Médicas de las Universidades de Quito, Guayaquil y Cuenca —ante cuya memoria todos nos rendimos con veneración— poseían ese prestigio sólido, esa autoridad auténtica, ese ascendiente incontrastable que nacían, espontáneos y magníficos, del don de sí y de la honorabilidad, unidos a la competencia... Y todo esto sumando

a una abundante cultura general como esfuerzo asiduo y perseguido a lo largo de toda la existencia para desenvolver las aptitudes revelantes del espíritu y para dominar y transfigurar todo lo que se oponga a una formación humanística plena de autenticidad.

Si cada generación médica está obligada a transmitir un legado a sus sucesoras, también es obligación moral ineludible de las generaciones actuales no sólo limitarse al presente, sino que han de reconocer y valorar la labor de quienes han ejercido una bienhechora influencia en los actuales continuadores de su obra y de su aleccionador ejemplo. La historia la manda y el futuro lo necesita. Sean estas palabras la cristalización de ese amor que siempre he profesado a la jerarquía de los años, que es el respeto; y también el amor verdadero a la jerarquía de la juventud, que es esperanza... Porque en el mundo, donde todo cambia y progresa, hay un eje inmutable y eterno que sustenta la continuación de las cosas y nutre de su vieja savia a la misma transfiguración incesante de la vida. No de otro modo renueva el árbol su apariencia, con hojas y frutos inéditos y juveniles; pero las hojas, las flores y los frutos pasan y permanece el tronco secular, eterno creador de primaveras, nutridas en las raíces inmortales que se sepultan en la profundidad del tiempo. He aquí por qué aquellas generaciones de los maestros del pasado vuelven siempre a recobrar una actualidad trascendente; son, en realidad, las que pasando como arco por

entre el torrente de la técnica actual, establecen una vez más la continuidad creadora entre el pasado y el futuro.

La medicina ecuatoriana realiza, desde hace años, un admirable esfuerzo para elevar su tono a la altura de su historia y a la altura de la pujanza de la ciencia en el mundo actual. Partimos, pues, de una posición conquistada y favorable. Pero en el terreno de la investigación nos falta todavía por hacer. Investigar, en cualquier parte del mundo, es un esfuerzo, una disciplina y una renunciación; pero entre nosotros supone algo más, supone una dosis considerable de heroísmo. El investigar es un deber de las Universidades y el cumplir con el deber no puede seguir siendo una aventura quijotesca, sino una tarea normal y cotidiana, porque el descubrimiento científico es y será, cada vez más, una obra de organización dividida en equipos capaces y suficientes. Y esa organización que permite la tarea colectiva del progreso de la ciencia es lo que nos falta por hacer y que, hay que esperarlo, alguna vez se hará.

Alguna ocasión había dicho yo que la ciencia ecuatoriana, como un reflejo de las condiciones económicas, políticas y sociales del país, no ha emprendido hasta aquí una obra de investigación selectiva y sistematizada en el terreno de la biología. Es cierto que tenemos ensayos de trabajos

individuales, dispersos; pero esto constituye sólo débiles esfuerzos para la investigación biológica nacional. Hay que confesarlo que carecemos de una ciencia biológica nacional; que nuestra realidad biológica es, en gran parte, desconocida. Crear la ciencia biológica ecuatoriana, ligarla con la ciencia universal, debe ser la aspiración de las generaciones.

Muy poco hemos hecho para investigar nuestra fisiología humana en el país. Es tanto más cierto esto cuanto que el Ecuador, cuyo aspecto físico ofrece una inmensa variedad de climas con su correspondiente medio biológico, es un país poblado por una variedad de razas.

Las academias son los laboratorios de ciencia a modo de alambique donde ella se decanta y purifica, donde se la da categoría. Y el espíritu académico no es algo así como una suerte de jubilación honrosa, sino un deber estricto de cooperar al progreso científico y espiritual de la Patria, a la sobra de una dignidad y de una jerarquía indudable y con plena voluntad de eficacia creadora.

Comparto con vosotros, ilustres colegas, el noble orgullo de servir a esta ACADEMIA DE MEDICINA, que tiene el sagrado deber de acrecentar el amor a los altos fines que el saber científico proporciona a la humanidad.